

CUADERNOS BATURRICOS

CHISTES Y CUENTOS BATURROS

Los más nuevos y mejores que hasta la fecha se han publicado. Abundantes y preciosos moñacos.



—Pero hombre ¿qué hace V.? ¿Escope para hacer ahí el jabón? ¡Qué porquería! ¡Eso es una indecencia!

—¡Qtra! Pus agradegca que es usted forastero, que a los del pueblo, como no son de tantos relicorios, les escupo en los morros.

20 CTS.

EL RETRATO

Hacia una barbaridad de meses que el tío Juan acariciaba una idea: hacer una escapada a Zaragoza y de un tiro matar dos pájaros, es decir, ir a rezarle a la Pilarica y después de cumplida esta obligación de buen aragonés, encaminarse a casa de un fotógrafo a que le hiciera un retrato.

Vinole esta idea a las mientes desde que en cierta ocasión tuvo en sus manos la «vera efigie» de un su primo que desde Madrid se la enviaba. Describir la admiración que en el tío Juan produjo la vista de aquella cartulina, no es para descrita.

—¡Ridiós!... ¡Ridiós!... ¡Ridiós!...—fueron las únicas exclamaciones que pudieron brotar de sus trémulos labios.

Y entonces fué cuando germinó en su caletre la idea de hacerse un retrato. Mas... ¿iría él solo o acompañado de la tía Ramona y de sus dos hijos mayores? El caso quedó bien pronto resuelto. Irían los cuatro a Zaragoza y... los cuatro se retratarían en un grupo.

Dicho y hecho. A los primeros albores de un hermoso día primaveral, emprendieron el camino, no muy largo, que les separaba de la capital aragonesa.

Sin contratiempo de ninguna clase llegaron, y con el polvo del viaje y después de haber cumplido con la Pilarica, encamináronse en derechura a casa de un fotógrafo que en la posada les fué recomendado.

—¡Güenos días tenga usted, don Fotógrafo.

—Muy buenos. ¿Qué se les ofrece?

—Pus verá. Hemos vinio pa que usted nos ponga en un cartrón; mire, asina como este, que es mi primo.

—No hay en ello inconveniente. ¿Querrán retratarse solos o en grupo?

—Lo que quiero es que nos ponga a tóos junticos pa que así sepan que semos los cuatro de la familia.

—Bueno; pasen a la galería.

—¡Otra! Vamos onde usted diga.

—Usted, señora, póngase sentada en esta silla... Vamos, siéntese.

—¡Ah! pero... es a mí.

—Sí, a usted lo digo. Bien.

—Aquí, de pie, con el brazo apoyado en la señora, póngase usted, caballero.

—¡Um!

—Los dos niños aquí. Mire usted aquí, señora. Usted a la máquina...

—Eso sí que no.

—¿Cómo?

—Vaya, que no y no. Yo li dejao que nos pusiera así o asá, pero en eso de mirar, no. Yo quiero que mi mujer me mire a mí, los chicos a su madre y a mí, y yo a mi mujer y a los chicos.

- Pero...
- Na, que así lo quiero. ¿No ve usté que si ca uno mira a un lao paicerá que estemos tóos reñíos unos con otros?
- Bueno, mirencense como quieran. Quietos.
- Oiga, no...
- Quieto, quieto... Ya está.
- ¿Cómo?
- Que ya está el retrato.
- Me paice, me paice... ¡A velol!
- Ahora no puede verse.
- ¿Que no? ¿Pues cuándo?
- Dentro de tres días.
- ¡Otra qui Dios! ¿Pus no ice que ya está?
- Es que no verian nada en el cliché.
- Cli... ¿qué? Güeno: ahora le voy a icir una advertencia. Que si el retrato no sale bien, se lo ristögo por los morros.
- Descuide, que saldrá a su gusto. De aqui a tres días venga a recoger la prueba.
- Está bien, de aqui a tres días golveré, y si no ha salío...
- Descuide. Ya verá como quedará contento.
- Hasta otra, pues, don Fotógrafo. Mandé lo que li paezca al tío Morrudo, por mal nombre, o al tío Juan, por el de pila.
-
- ¡Ridiós, chiquia! ¿Sabes que se nos ha olvidado lo mijor?
- ¿Cuállo?
- Anda pa la posá que agora güelvo.
-



- Don Fotógrafo.
- ¿Otra vez?
- Usté verá: si mi ha olvidao lo mijor. Es el caso que, por venir carga-

dos como burros, himos dejao en el pueblo al chico más pequeño. Pus güeno, téngalo presente pa colocalo en mitá de tóos en el ritrato.

| |

TODO TIENE REMEDIO

- Perico, ¿qué tienes que tiés tan mala cara?
- No estoy güeno. El médico ma dicho que tengo la lengua sucia.
- ¡Otra! Pus trágate el esparto.

EN LA FERIA

- ¿Qué has comprau?
- Nada.
- Pus antes t'hi visto hablando con aquel tío del caballo.
- Pero no m'hi arreglao con él. El abrio es joven y me lo da baratico y a plazos, aunque no me conviene, porque cojea una mijajitica.
- ¡Otra! Pero es que lo ibas a enseñar a piculinero u a bailarín?

LA VENGANZA

Ya estaba harto el tío Jeringa, matraco del Arrabal de Zaragoza, de que al pasar todos los días ante una elegante sastrería de la calle de Alfonso I, le mirasen los dependientes como a un animal raro, y se riesen de él.

¡Pacho! Los morros de... cualquier cosa... ¡como si él tuviese monicos en la cara! Pues se la habían de pagar.

Una tarde, después de mirar durante buen rato el escaparáte, se decidió a entrar en la tienda, preguntando:

- A la paz de Dios. ¿Ande está el maistro?
- Servidor de usted.
- ¿Usté es el amo?
- Sí, señor.
- M'alegro e conocelo. ¿Y la fomilla?
- Buena, gracias.
- ¡Vaya, vaya! Pus aqui estoy.
- Bien venido. ¿Desea usted algo?
- Sí señor. Quió saber cuánto vale esa chaqueta que hay de muestra.
- Eso no es chaqueta; es un frac, hecho de encargo.
- ¿De encargo? ¿Y qué paño es ese?
- Quiero decir que es una prenda encargada por un cliente.

—Tamién me puó yo encargar otra, ¿no es verdá?

—Ciertamente.

—Güeno, ¿pus cuánto me costaría una prenda como ésa?

—No la confeccionamos sola; hacemos todo el traje.

—¡Ay qué rediez! Que no pueda uno mercar lo que le dé la gana... Yo quió solamente esa chaqueta con esos colgajos, ¿estamos? Porque se m'ha encaprichao, ¡ca! y porque tengo dineros pa pagala.

—Bueno, hombre, bueno! No se sofoque usted por eso; se la haremos. ¡Piensa usted asistir a algún baile de etiqueta?

—Sí, sí, baile. ¿No ven ustés que voy de luto? Pa hailecicos estamos si se m'ha muerto la suegra. Ya te digo yo que güenas ganas me se pasan de llorar... Si no fuera porque m'ha dejau un campo, y una burra y unos cordericos...

—Le tomaremos a usted medida—objetó un dependiente.

—No hace falta, no. Carculemos a ojo.

—No puede ser.

—¡No ha e poder ser! Vaya, ¿cuánto me costaría esa prenda, miaja más u miaja menos?

—Veinte duros.

—¡Qué barbaridá! Por veinte duros me ferio un tocino del grandor de mo de nusotros.

—Los fracs son caros. Vea usted qué tela...

—Mesmamente de eso m'hi enamorau, de la caliá e la tela, que, por lo emás, maldita la gracia que eso me hace.

—Los forros son de seda.

—Lo quiero sin forros.

—Así no se lleva.

—¿Y a ustés qué les importa si yo quió llevalo?

—Bien está; sin forros, quince duros.

—¡Atiza! No vale tanto la burra que m'ha dejau mi suegra.

—¿Pero el frac es para la burra?

—No, señor, que es pa mí.

—Pues ya sabe el precio, y no hablemos más.

—¿No himos de hablar? ¡Y tanto! Como que quió saber ahora cuánto me costaría medio fraque.

El dueño y los dependientes reprimen con gran trabajo la risa que asoma a sus labios, y por no echar al matraco con cajas destempladas, quieren temporizar, hasta ver en qué para aquello.

—Medio frac vale diez duros. ¿Pero va usted a cubrirse el cuerpo tan sólo por un lado?

—¡Quiá! Por denguno.

—Entoncés...

—Ya vamos en camino. Ahora m'han de leir cuánto vale suelto uno de estos faldoncicos.

—Dos duros.

Quien había conocido al tío Pedro seis meses antes y lo veía en aquellos momentos, se hacía cruces. ¿Dónde estaban aquella corpulencia arrogante, aquella fisonomía expresiva y hermosa, aquel fulgor que relucía en sus ojos y sobre todo aquel ingenio mordaz y epigramático que tantas ronchas había levantado en la epidermis de más de cien, y tantos colores había hecho brotar en las mejillas de un centenar de casadas y solteras?

Ya no quedaba nada o casi nada de todo aquello. Ya no quedaba más que un esqueleto viviente y una imaginación, si no del todo paralizada, muy próxima a estarlo.

La respiración del enfermo era cada vez más fatigosa.

—¿Quiés alguna cosa, Pedro?—le interrogó su mujer.

—Sí,—repuso con voz débil.—Manda un recaó al tío Roque y al tío Simón, pa que vengan ensegua.

—¿Pa qué quiés que vengan esos dos granujas?

—Ya, ya sé qui son dos granujas, o mijor dos ladrones, mas no importa, quiero que vengan.

—Güeno, hombre.

Mandáronse los recados correspondientes, y no pasaron muchos minutos sin que aparecieran los tíos Roque y Simón. El mismo pensamiento, sin duda, les hizo ser tan diligentes. ¿Si querrá hacerme su heredero?—debieron decirse.

—Aquí estemos,—dijo el primero de ellos llegando al borde de la cama.

—Haceme el favor de sentarus uno a cada lado de la cama,—les repuso el enfermo.

Sentáronse ambos en los sitios indicados y el silencio volvió a reinar en la habitación. Siguió el enfermo con su respirar fatigoso y siguieron el tío Juan esperando la solución del enigma.

Y así pasó media hora larga, sin que el tío Pedro desplegara los labios y sin que los otros dos se atrevieran a hacerlo, por temor de errarla. Mas la cosa picaba ya en historia y la paciencia se le acabó al tío Roque.

—¿Mas cuchas, Pedro?—se atrevió a decir.

—Sí,—repuso el enfermo.

—Es que... va para una hora que imos venío y... entoavía no nos has dícido pa qué nos has llamao.

—Veréis, pues. Toda mi vía he sío un hombre honrado y no tengo na que me puedan echar en cara...

—Al grano—interrumpió el tío Simón algo molesto por el giro que iba tomando el asunto.

—Ten pacencia, que ya llego. Como he sido hombre honrao durante mi vida, quiero, a la hora de la muerte, paicerme a Nuestro Señor Jesucristo. Aquél, como ya sabéis vusotros, murió crucefijao entre dos ladrones, y yo quisiera morirme entre vusotros dos.

—¡Qui cosas tienes, Pedro!—repuso el tío Roque, con la cara encendida como una amapola—hasta en tus últimas has de tener ganas de bromiar.

—Si quies chistoso el tío Pedro—añadió Simón.

—Pedro, aquí está el señor cura—dijo su mujer entrando.

- Que entre. Y vosotros sentaos.
 —Es que, verás, tenemos que hacer.
 —Idos, pues, que ni aún seis capaces de hacer esa obra de caridad que sus he'pidió...
 —Bueno, bueno. Yo le absuelvo, y para que esta absolución sea más eficaz, bueno sería que legase alguna cosa a la iglesia.
 —Ya he pensao en ello, señor cura; mas es el caso que, como tengo seis hijos y la mujer, poca cosa será.
 —Aun cuando sea poca cosa, ya que no puede ser más, bien visto será a los ojos del Señor por la buena intención.
 —Eso sí, señor cura, lo que es la intención...
 —Bueno, hijo, bueno. ¿Y qué es ello?
 —Verá, señor cura, lego... mucho viento pa el órgano de la iglesia, que si pa marzo no le tienen, esperen, que no fal...ta...rá...
 El tío Pedro expiró.

NO HACE FALTA

- Un baturro entra en un bazar y se detiene en la sección de objetos de viaje.
 —¿Quiere usted una maleta para meter la ropa? —le dice un dependiente.
 —¡Ridiez! Como no guarde en ella la que llevo puesta y vaya en cueros.....

DE CONFESIÓN

- X Un baturro fué a confesar, y el cura trató de examinarlo de algo de religión.
 —¿Qué es confirmación?
 —Señor cura, no le entendí.
 —¡Hombre! La confirmación es un sacramento por el que nos afirmamos en nuestras creencias religiosas, y que se administra mediante una bofetada que nos da el señor obispo.
 —¡Remoño! Entonces confirmo yo a mi mujer tóos los días...

ACCIDENTE DESGRACIADO

Celebrábanse las fiestas en un pueblo y uno de los números del programa lo constituía una corrida de toros. Con carros y otros obstáculos se cerraron las boca-calles que daban a la plaza y para hacer las cosas en grande se construyó un palco presidencial. Llenóse éste de bote en bote mucho

antes de que empezara la corrida y... en efecto, antes de que ésta diera comienzo tuvo a bien el palco venirse al suelo, produciendo en su caída dos muertos y diez heridos.

Avisado a toda prisa el señor alcalde, acudió presuroso al lugar del siniestro. Dió las órdenes oportunas y con toda clase de precauciones fueron extrayéndose a los heridos y colocándolos en el suelo. También lo fueron los dos cadáveres encontrados. Los infelices heridos ensordecían con sus lastimeros ayes.

—¡Ay!

—¡Ay, ay, ay!!

El alcalde, que ya tenía la cabeza descompuesta desde los primeros momentos, concluyó de perderla al escuchar aquellos lamentos.

—¡Remoño! Sus queréis callar—dijo dirigiéndose a los heridos,—más mal tienen esos dos pobres, y... aún no han dicho aquí me hace mal.

¡POBRE PARROQUIA!

- En una barbería de un pueblo de Aragón:
 Un oficial mientras enjabonaba la cara a un concurrente:
 —La verdad qui tinimos un amo que es muy desigente. En cuantico qui le hacemos una miaja de pupa a un parroquiano, nos descuentá dos riales del salario. Ahora me río yo del prencipal. Man, tocao doscientos duricos a la lotería. Ya pué hacer descuentos.
 | |

ENTRE AMIGOS

- Perico, ¡ridiós, hombre! ¿cómo tas atrevío a casate con una mujer tan gorda?
 —Mia, por aquello de que por mucho trigo...
 —Sí, sí; pero no igas a nenguno que la Nasaria es tu metá, porque se te rifarán.

AMIGO COMPLACIENTE

- X
 ---Ascucha, Pascasio, ¿tendrías por causalidá un duro que no te hiciera falta?
 ---Justamente tengo uno que no sé qui hacer dél. Tómalo.
 ---¡Otra! si es falso.
 ---Pus por eso tai dicho que no sabía qui hacer dél.

RESPONDER A TIEMPO

---Tengo una vista, maño, que Dios me la conserve. Dende aquí veo como corre una hormiga por la torre de la Seo.

---¡Anda, anda! Lo menos va hacer una hora que la escucho las pisás.

UNA DISTRACCIÓN

---¡Tío Antolín!... ¡Rediez!, que ya son las tres de la mañana y aun hemos de ir a llamar al tío Francisco.

---Ya voy, chico. Ma adormido hoy, porque anoche me fui a la cama mu tarde; se empenó mi Pascualica en que fuéramos a oír la música que le han tocao a ese diputao que sa ido, y por no desgustarla me fui con ella. ¡La pobre, como no tié madre!... Ya estoy. Amos, Perico.

Los dos amigos se encaminaron en busca del tío Francisco, que ya los esperaba en la puerta de su casa, y una vez reunidos se pusieron en marcha. Como sus campos estaban colindantes, podían ir juntos todo el camino, y así la distancia se les hacía más corta.

---Anda, Antolín, cuéntanos eso que viste anoche.

---Chiquios, poco puó contar; pero, por lo visto, que allá en Zaragoza ha de haber mucho que ver. ¡Qué lujo y qué señorío acompañan al deputao ese!... Mi chica hasta que se adormió no paró de decime: ¡Padre! ¿Me lleva a Zaragoza?... Mía si me lo diría veces, que al fin le dije: Güeno, cuando no haiga cacer en el campo, nos iremos unos días y asina veremos a la Pilarica.

Al oír esto el tío Francisco, paróse en seco y dijo alborozado:

---Ma venío un pensamiento.

---¿Cuál?—preguntaron a dúo Antolín y Pedro.

---Pos que podíamos inos nusotros tamién. Yo ya sabéis que soy viudo, y tú pues llevate a tu mujer, Perico.

---¡Arreglau!...—contestaron los dos amigos.

Todo el camino lo llevaron hablando del vaije y de lo que harían en Zaragoza, si llegaban con bien, porque no les agradaba mucho ir en el tren.

---Yo, que querís que us diga; eso de ir metius en un cajón que corre como si lo llevara el diablo, no me paice mu tranquilizador—decía Perico.— Pero otros van, tamién podemos ir nusotros.

Mes y medio después de esta conversación, estaban los tres amigos, con sus hija y mujer respectivas, esperando el tren correo que tenía que conducirlos a Zaragoza.

Isabel estaba loca de contenta. Se había puesto las mejores faldas que tenía y los pendientes que heredó de su madre. Estaba la muchacha verdaderamente hermosa. Verdad es que, sin todos estos adornos, era Isabelita

una criatura encantadora; porque a su cara, de facciones correctísimas, había que añadir unos ojazos negros como un abismo, y una cabellera abundante y lustrosa como el azabache. En cuanto a su cuerpo, sólo diremos que en él se juntaban el haz de líneas correctas que ambicionara un dibujante para una obra maestra.

En cuanto tomaron asiento en un vagón de tercera, todos los viajeros que lo ocupaban se fijaron en Isabel, y bien pronto encontraron nuestros baturos con quien entablar conversación y pasar así distraídos las horas de viaje.

---Les va a gustar a ustedes mucho Zaragoza—les decía un compañero de asiento;—pero les recomiendo que no se fien de nadie.

---Descudie, señorito—replicó el tío Antolín;—que lo que a nusotros no nos engañan tan fácil; porque, a Dios gracias, mi Isabelita sabe de letra y no tendremos que preguntar a naide por la posada.

En estas y otras razones andaba el tío Antolín, cuando entró en el vagón el revisador de billetes, el cual fué pidiendo a cada viajero el suyo para taladrarlos. De pronto sus ojos fueron a tropezarse con los de Isabel. Una estatua no se hubiera quedado más inmóvil que el revisador. Repúsose, empero, y continuó en su faena, pero automáticamente, como si aquel cuerpo se moviera sin espíritu, pues todo él se hallaba reconcentrado en la mirada, que no apartaba de la cara de Isabel. Presentábanle los billetes, instintivamente los cogía por un extremo y aplicaba a ellos el taladro.

De pronto se oyó un grito agudo, seguido poco después de una interjección. Todos cuantos ocupaban el coche botaron sobre sus asientos y se precipitaron al sitio de donde había salido aquel estentóreo quejido.



---¿Qué pasa, qué pasa?—interrogaban todos a la vez.

---¡Remoño!—gritó el tío Antolín, mostrando su ensangrentada oreja derecha.—Que man taladrau la oreja, ¡ridiós!

UN SORDO QUE SE LAS TRAE

Un baturro compareció ante el alcalde del pueblo acusado de haberle administrado a su mujer una descomunal paliza.

---Verá usted, señor alcalde, como soy sordo, no oí los golpes que le daba a mi mujer.

ASI SE DICE

---¿De aonde vienes, pitusa?---preguntóle un matraco a la hija de nn amigo suyo con quien se tropezó en la calle.

---De la escuela.

---¿Y has aprendido ya mucho?

---Verá, soy la primera en la escuela.

---Eso es güeno, maña; estudia, estudia y asina con el tiempo serás un hombre de provecho.

EL MUERTO... QUE HABLA

El tío Mochales era un bendito de Dios. En los cincuenta y dos años que ya contaba, no se le había ocurrido la idea de que pudiera existir algo más allá de los límites de su pueblo. Para él todo se reducía en esta vida a labrar la tierra, recoger el fruto que le producía y comérselo tranquilamente en unión y compañía de su sola persona, pues solo era y solo pensaba morir.

Cuando alguno de sus convecinos refería alguna novedad vista en Zaragoza o Teruel, el tío Mochales lo escuchaba como aquel a quien le hablan en ruso, pues su imaginación no alcanzaba a darse cuenta ni algo aproximado de aquello que oía. Al contrario de todo ignorante, que es incrédulo por su misma insuficiencia, el tío Mochales creía a pies juntillas cuantas sartas de disparates se le explicaban. Convencido estaba el pobre hombre, porque así lo había oído asegurar, que los gallos ponían un huevo en su vida; que entre la raza mular no existía más que un género, el masculino, pues a nadie había oído decir la macha y si el macho y un sin fin de patrañas por el estilo que los mozos del pueblo le iban diciendo.

Hacia unos días que el tío Mochales no se encontraba del todo bien; sin que aquella indisposición le privase de poderse dedicar a sus ocupaciones diarias, le molestaba por la flojedad que sentía en sus músculos, hasta entonces de acero. Tenía unas malas ganas de trabajar, y unas tan grandes de

estar sin hacer nada... Pero no se dejaba dominar por aquel decaimiento, se esforzaba hasta conseguir desecharlo en parte.

Una tarde, sin embargo, no pudo vencer en la pelea, pudo más la pereza y se quedó tomando el sol sentado, a la puerta de su casa.

---¿Qué le pasa hoy, tío Mochales, que no va al güerto?---le preguntó un mozo que, con dos más, iba en dirección de las afueras del pueblo.

---Que no ma siento bien.

---¿Qué se encuentra enfermo?

---No lo sé, Pascual, pero es el caso que no tengo juerzas pa moveme, ni pa ná; si no es pa bostezar.

---¡Anda, Dios! Pus si que está malo. Eso del bostezo es de cuidiau---replicóle Pascual.

---Ya me parecía a mí... --- dijo el tío Mochales volviendo a bostezar.

---Na, na, que no está usté muy católico que digamos. Es menester que se cuide, no le vaya a ocurrir lo que a la tía María.

---Oye. Y ¿qué le pasó?---preguntó el pobre hombre, poniendo atención a lo que decía el mozo.

---¿Qué le pasó?---Que empezó asina como usted, y un día que bostezó tres veces seguías fué a bostezar la cuarta al ciminterio.

---¡Jesús!---exclamó el tío Mochales.

---Lo que le igo. Asina que tenga cuidiau: en cuantico que se le abra 'a boca tres veces seguías, ya pué darse por muerto. Y sobre tóo, lo pior que pué hacer es estase ahí sentau; váyase al güerto a distraese.

Fuéronse los mozos riéndose de las tragaderas del buen hombre y quedóse el tío Mochales recapacitando sobre la gravedad de su indisposición.

De pronto metió la silla en su casa, cogió la azada, y aun cuando con paso tardo, se encaminó a su huerto.

---¡Ridiez!---exclamó, dejando la azada en el suelo.---La verdá es que no puedo, que me pesan los brazos y... ¡Aaah! ¡Recontra!, ya güelvo a bostezar. ¿Qué será lo que tengo? Porque a mí... ¡Aaah! Y van dos. ¡Ay! Virgen santísima... si vendrá el tercero y... me pasará lo que a la tía María... Y la verdad, yo no me encuentro nada bien; paice que da güeltas el güerto. ¡Ay!... Yo... ¡Aaaah! ¡Ay, yo me muero!... Pero aquí no me encontrará naide, y... vamos manque sea a rastras en mitad de la carretera.

Levantóse el tío Mochales con trabajo, y tambaleándose fué hasta la carretera, en donde se dejó caer pesadamente.

---Na, que soy muerto de aquí a un rato como la tía María. El cuarto al ciminterio.

No tardó mucho en pasar gente por donde estaba tumbado e inmóvil el pobre tío Mochales.

---¡Remoño! Es el tío Mochales. ¿Qué le habrá pasau? --- dijo un mozo.

---¡Chiquio; si cree que está muerto---replicó otro.

---Mía; por sí o por no, vamos a llevarlo al pueblo, que pué que aún el medico lo cure.

—Amos, pues. Cogelo vosotros por las patas y nosotros por la cabeza y andando.

Cargaron con el inanimado cuerpo del tío Mochales, y prosiguieron su camino hacia el pueblo.

—Oye, Juan—dijo uno de ellos, dirigiéndose a otro de los mozos,—¿por dónde tiramos; por el atajo de la derecha, o de la izquierda?

—Verás; el uno es mu malo de caminar con esta carga.

—Sí; pues por el otro es muy largo el camino y esto pesa.

—Yo creo que por el de la izquierda iremos mejor.

—Pus, yo creo que por el de la derecha.



—Tomar por el de la derecha, chiquios. Que cuando yo era vivo, siempre iba por él—exclamó de pronto el tío Mochales.

Dispersión general.

ENTRE CHICOS

—Chiquio, ¿por qué cuando rezas el Padrenuestro no pides el pan pa tóo el mes?

—¡Otra! porque a padre no le gusta el pan duro—

¿CÓMO PUEDE SER?

—¿Sabes, Antonio, lo que ma dicho aquella mujer que endevina lo que nus ha de pasar?

—¿Qué ta dicho?

—Lai preguntao, si sería feliz con mi mujer, y ma dicho que sí. Lai preguntao que cuántos chicos tendría mi mujer y ma contestao que cuatro.

—¿Bueno y qué?

—Aspera, hombre, que ahora viene lo que no he entendíu. Ma dicho que mi mujer tendría cuatro hijos y yo dos. ¿Cómo pué ser eso?

—Anda y que te lo explique tu mujer,

ALCALDE PREVISOR

Entre los varios festejos organizados para solemnizar la festividad de la patrona del pueblo, figuraba en el programa una gran función teatral en la cuadra del tío Antón.

El local no era muy amplio y por esta causa el número de sillas era bastante escaso. El alcalde, hombre previsor, mandó colocar el siguiente cartel a la puerta del improvisado coliseo:

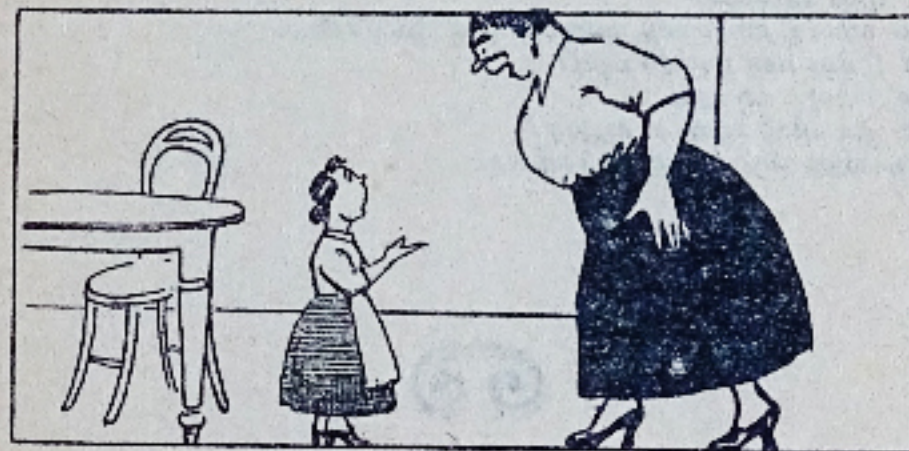
«Las sillas son pa las señoras y los caballeros no podrán ocuparlas hasta que las señoras no estén sentadas.»

¡VAYA UNA PREGUNTICA!

—Pedro, el otro día cuando se te cayó el riló de la mano al suelo, ¿se te paró?

—¡Remoño! ¿y aónde querías que fuera, al centro de la tierra?

ARGUMENTO CONVINCENTE



—¡Pero chica! ¿Cómo te atreves a pretender la plaza de niñera, si no levantas un palmo del suelo?

—¡Vaya un defecto! Asína si se cai el crío no se hará dengún mal,

UN RETRÓGRADO

- ¡Ay! maño, estoy medio muerto.
—Siempre tas de quedar en la metá.

NO HAY QUE DORMIRSE

Son las tres de la madrugada y Bastián no puede resistir el sueño. El pobra mozo hace esfuerzos sobrehumanos para no dormirse y poderle abrir la puerta a su amo, pero al fin se queda dormido.

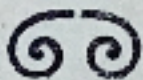
Mientras Bastián ronca, llega éste, abre la puerta con un llavín y entra sin despertar al criado.

El ruido, sin duda, hace despertar a Bastián, quien mirando el reloj, exclama:

- ¡Las cuatro! Y el tocín del amo sin venir.
—Bastián, ya puedes acostarte, que el tocín de tu amo ya ha venido.

SEÑAS INMEJORABLES

- Tía Pascasia, ¿cuántos hijos tiene usted?
—Seis.
—¿Y tócs varones?
—No, señora, cinco son morenos y la chica rubia.
—¿Y todos han nacido aquí?
—No, señora, en casa.
—¿Y qué edad tiene el mayor?
—Seis años más que el pequeñico.



T. 826 750

FJOTA, F-192

R. 139519

CB. 362 10 86

